

su inmenso prestigio en la Grecia entera, impuso á los vencidos una oligarquía de treinta personas, que apoyadas en los soldados extranjeros abrieron una era de espantosa tiranía. Los proscritos de Atenas encontraron en diversas ciudades, sobre todo en Tébas, una generosa acogida, que respondía al sentimiento de hostilidad hacia Esparta, que despues de la guerra se había despertado vivamente. Esos proscritos pudieron al fin, bajo la direccion de Thrasybulos, atacar á los oligarcas que de treinta se reducían á diez; el disentiimiento entre Lysándros y Pausánias, cada uno de los cuales condujo un ejército espartano al Ática y la opinion de Pausánias, favorable á los proscritos, triunfaron por fin en Esparta. Thrasybulos y sus amigos volvieron solemnemente á Atenas, y ahí proclamaron una amnistía general. Quedó así restablecida la democracia (403). Las leyes de la ciudad sufrieron una revision y fueron publicadas en un cuerpo jurídico, sirviéndose del nuevo y más completo alfabeto jónico. Esta época memorable de la restauracion de la libertad ha pasado á la historia con el nombre de arcontado de Eukleides. Por este mismo tiempo pereció Alkibiádes en Asia, sacrificado por Farnabazos al resentimiento de los lacedemonios, y de Kiros, el jóven, cuyos proyectos de rebelion conocía el hábil ateniense, que estuvo á punto de rebelarlos á la Corte de Susa.

**PERSIA.**—Á Jerjes asesinado en 465 por el eunuco Aspamitres y el capitán de guardia Artabanos, sucedió su hijo Artakshathra, (Artajerjes Longimano), que despues de vencer á su hermano Hystaspes (462) tuvo que sofocar la rebelion de Egipto.—Este país se había sublevado con Inaros y otros reyes del Delta, y ayudados por la flota ateniense arrojaron á los persas, exceptuando la guarnicion del muro blanco. Megabyzos, enviado por el Gran Rey, venció á los egipcios y á los griegos, capturó una flota ateniense de cincuenta velas, (455), y

crucificó á Inaros. El hijo de éste, Thamyras, heredó el reino; solo el Egipcio Amyrtaeos, uno de los rebeldes se refugió en los pantanos de la costa, antiguo asilo de los saitas y continuó la resistencia. Á estos sucesos siguieron las brillantes expediciones de Kimon, despues de cuya muerte se concluyó el tratado de paz con Athénas de que hemos hecho mencion, y en virtud del cual conservaban su libertad los griegos de Asia y las flotas persas no podían navegar en todo el mar comprendido entre las islas Khelidonias, (E. de la Syria), y las rocas Kyaneas (entrada del Ponto Euxino). -443.

Los imperios orientales no viven sino con la condicion de estar siempre en guerra y victoriosos, (Maspero). A la paz con Grecia sucedieron constantes rebeliones de los sátrapas hasta la muerte de Artajerjes, (425), su hijo legítimo Jerjes II reinó cuarenta y cinco dias y fué asesinado por su hermano Sekudianos: éste fué á su vez destronado por su hermano Okhos que subió al trono con el nombre Darios. A fuerza de oro venció á los sátrapas rebeldes del Asia menor, y el hijo de uno de estos rebeldes, Amorges, resistió en Karia hasta 412 los ataques de Tissabernes sátrapa de Syria. Esta fué la época en que este sátrapa y Farnabazos, sátrapa de Mysia, aprovechando el descabro de los atenienses de Sicilia volvieron á mezclar el nombre del Gran Rey en los negocios griegos. Darios tenía dos hijos Arsakes y Kyros hijo de Parysátis. Ya hemos visto á este jóven ambicioso influir de un modo decisivo desde su gobierno del Asia menor en la victoria de Esparta, cuya alianza era la que convenía á sus audaces intentos por ser Atenas una potencia marítima y necesitar él ejércitos de tierra. Despues de la coronacion de su hermano Arsakes que tomó el nombre de Artakhashathra, (Artajerjes), y á quien quiso asesinar, Kyros, salvado de la muerte por su madre, volvió al Asia menor, alistó trece mil mercenarios griegos,

y cien mil indígenas, partió de Sárdes, atravesó el Asia menor, la Siria del N., la Mesopotamia encontró al ejército de su hermano en Kunaxa y se hizo matar en la batalla; quizá este jóven activo y amigo de la civilizaci6n griega hubiera sacado á la Persia de su estado decadente. Diez mil de los griegos que acompañaban á Kiros, emprendieron despues de la derrota, su retirada al traves del imperio, por la Asyria y la Armenia hasta el Ponto Euxino. Esta atrevida marcha, impunemente ejecutada, reveló la profunda debilidad de aquel imperio que se moría. Xenofonte ha contado en su *Anabasis*, modelo de narracion clara é interesante, los detalles de la expedicion de Kyros en que tomó parte, y de la retirada de los diez mil (401-400).

**HEGEMONIA DE ESPARTA.**—El lamentable estado de Atenas durante la tiranía de los treinta, es una muestra del de las ciudades que cayeron bajo el dominio de Esparta. Lysándros fundó en todas ellas pequeños consejos oligárquicos gobernados por un *harmosta* espartano, y el yugo fué muy pronto intolerable y de un carácter contrario al que Atenas había impuesto á los tributarios ó aliados en tiempo de su supremacía: las quejas eran ahora de otra naturaleza; mientras Atenas castigaba á sus propios generales cuando abusaban del mando en las ciudades del imperio, en Esparta estos abusos, que fueron crímenes atroces frecuentemente, eran tolerados con descaro. La derrota del jóven Kyros, instigado secretamente por Esparta, aseguraba á esta la enemistad de la corte de Susa y esto fué causa del envío de un ejército al Asia al mando de Thimbron primero y de Derkyllidas despues, y que reunido á los diez mil que estaban ya de vuelta en el Asia menor emprendieron una campaña contra los sátrapas con muy buen éxito. Lysándros que á pesar de su desprecio profundo por el dinero, gustaba de corromper con él á los demás había concebido, entretanto, el proyecto de hacerse rey en

Esparta. A la muerte de Agis, polijó una especie de revolucion en virtud de la que fué declarado incapaz de suceder á Agis, Leotyquydes, porque no era hijo del rey muerto, convencida como estaba la viuda de adulterio. El contrahecho Agesilas, en quien el audaz aventurero creía forjar un instrumento, fué nombrado rey y enviado al Asia en compañía de Lysándros. Este comprendió pronto que Agesilas era un hombre superior y que se había suscitado en él un temible rival; humillado y degradado, Lysándros fué á combatir oscuramente al Helesponto, mientras Agesilas obtenía brillantes triunfos sobre Tisaphernes, que por esa época fué ejecutado de orden del Gran Rey.

Entre tanto, Konon, el único que había salvado algunas barcas atenienses en Egos-Pótamos, se ponía al frente de una escuadra persa, sublevaba á Ródas y unido al sátrapa Farnabazos, infligía al almirante espartano Peisándros la sangrienta derrota de Knidos, que, puede decirse, acabó con la supremacía marítima de Esparta (384 ántes de J. C.)

En Grecia, la supremacía espartana cada vez más odiosa, acabó por provocar serios conflictos, que el oro de los persas contribuyó en buena parte á determinar. Estalló por fin la guerra entre Tébas y Esparta. Lysándros y Pausánias fueron enviados sobre los tebanos, que habían solicitado con buen éxito la ayuda de Atenas. Lysándros atacó á Haliártos y pereció en el asalto; cuando llegó Pausánias, el cadáver del héroe espartano le fué entregado con la condicion de evacuar la Beocia. Así lo verificó; sus compatriotas espantados con la muerte de Lysándros, sentenciaron á muerte á Pausánias, y dieron el cetro á su hijo Agesilópolis. Pausánias pasó el resto de su vida refugiado en un santuario de Tegeia. Los espartanos llamaron entonces á Agesilas, que dejó á su pesar el Asia, acompañado de los griegos asiáticos que amaban en él su gene-

rosidad y prudencia. Agesilas tuvo que renunciar á sus inmensos proyectos de conquista en el Asia, volvió á Europa por la Thracia y la Macedonia y obtuvo en Koroneia, en Beocia, una victoria tan caramente comprada, que apenas sí merece el nombre de tal; cubierto de heridas se hizo transportar á Delfos; ese mismo mes se había dado una batalla junto á Corinto, en que tuvieron los lacedemonios la mejor parte, sin ser decisiva, y la batalla naval de Knidos de que ántes hablamos, (Julio-Agosto de 394). La victoria de Konon permitió á los atenienses la reconstrucción de sus *largos muros* en tanto que la lucha en el Peloponeso, de Esparta contra Corinto y Argos, continuaba, y las ventajas obtenidas casi siempre por los lacedemonios sólo pudieron ser compensadas con los atrevidos movimientos del ateniense Ifikrates.

Los acontecimientos en Asia tomaban, entretanto, un giro interesante. Los espartanos habían enviado como Embajador, cerca del sucesor de Tisafernes, á Antalkidas, que supo ganarse el favor del sátrapa á tal grado, que éste se apoderó de Konon, enviado de Atenas, y á poco le hizo perecer. Con todo, la corte de Susa no deponía su odio contra Esparta; una flota persa batió al general espartano Timbron; Trasybulos, guiando á la flota ateniense, obtuvo, por entonces, serias ventajas en el Helesponto y en Lésbos, pero fué asesinado cerca de Aspendos en Panfilia. Ifikrates, y Cábrias, generales de Atenas, continúan las series de triunfos marítimos de su patria, desgraciadamente interrumpidos por la sorpresa del Peireus y las ventajas en el Helesponto de Antalkidas, que había ya obtenido para Esparta el favor del Gran Rey. La mala situación de Atenas hacía general el deseo de la paz, cuyas condiciones conocieron los griegos en Sárdes, y que luego, apesar de la oposición de Tébas, fueron aceptadas en Esparta. Esta fué la paz de Antalkidas.

Después de una serie de atentados contra la patria, después de solicitar frecuentemente desde el principio de la guerra del Peloponeso, la ayuda de la Persia contra los otros griegos, los espartanos llegaban al término de su política: la paz de Antalkidas, en que las dos partes contratantes, Persia y Esparta, tenían casi todas las ventajas; se impuso á la Grecia la voluntad del Gran Rey, y Esparta se declaró su ejecutora; esto equivalía á prestar la famosa fórmula de sumisión de *dar la tierra y el agua*, ultraje que tuvo por respuesta en tiempos mejores, Marathon y Salamina. El rey de Persia permitía ahora la autonomía de las ciudades griegas, decía qué islas debían quedar en poder de Atenas, guardaba su soberanía en la Grecia Asiática, y ordenaba la paz á los helenos como un amo á sus vasallos. La revancha de los persas era completa.

Esparta no cumplió la paz en lo que se refería á la autonomía de las ciudades: el gran déspota desde luego comenzó las hostilidades contra Corinto y Tébas, mientras Atenas auxiliada, permanecía como simple espectadora en la lucha que sostenía con la Persia su aliado Evagoras en Kypros, que después de una larga campaña y celebrada ya la paz, fué asesinado.

Esparta era, en realidad, dueña de Corinto y del Istmo; en Beocia organizó oligarquías adversas á Tébas, entre ellas, la que estableció en Platea, con objeto de renovar el histórico odio que, con motivo de esta ciudad, existió siempre entre tebanos y atenienses y á Mantinea obligada á rendirse, la desmembró y la privó de defensa. En la península Calkídica, la ciudad de Olynthos llegaba entonces á una gran preponderancia, gracias á Amyntas, rey de Macedonia, que le dió una gran parte de la costa. Olynthos quiso establecer una confederación; algunas ciudades se resistieron y llamaron á Esparta en su auxilio, parten los lacedemonios y, al pasar por la Beocia, Fobidas, que manda-

ba la retaguardia, en composición con los filo-espartanos de Tébas y ayudado por el polemarcha Leonciades, sorprende la ciudadela, la Kadmeia, y se apodera de ella, mientras los jefes del partido vencido, entre los que iba Pelópidas, se refugian en Atenas. Esparta condenó á Fobidas á una fuerte multa, pero no devolvió la Kadmeia. Sus ejércitos, entre tanto, proseguían con vigor la campaña contra Olynthos, los habitantes de esta ciudad hicieron una valerosa defensa que ocasionó serios reveses á los espartanos, pero éstos vencieron por fin la resistencia, y Olynthos cayó en manos del general lacedemonio Polibiades, el año de 379, (en las fechas de este período seguimos á Clinton). Flionte, ciudad situada en la entrada de la Acaya, se rindió ese mismo año á los espartanos, después de veinte meses de sitio. Con la paz de Anthalkidas, Esparta había entregado maniatada la Grecia á los persas; con la ruina de Olynthos, allanó el camino á los invasores de la Macedonia; nada ha sido más funesto á la libertad helénica, que la ciudad de Likurgo.

Los tiranos que bajo la protección de los espartanos oprimían á Tébas, hicieron fácil á los proscritos compañeros de Pelópidas la vuelta á la patria y la ruina de la opresión. Logrado esto, gracias á una conspiración hábilmente dirigida, Pelópidas y Epaminondas, soldado y filósofo á un tiempo, á quien su pobre oscuridad libró del destierro, tomaron el nombre de beotarcas, lo que indicaba que pensaban rehacer la antigua confederación de la Beocia. Después de algun tiempo y estando ya en su poder la Kadmeia y contando con la alianza de Atenas, emprendieron la lucha contra Esparta, mientras Atenas rehacía laboriosamente la confederación marítima en las islas del Egeo, empleando en esta empresa á sus mejores generales como Cabrias, Timotheos, Kallistratos y hasta el bravo Ifakrates, cuyo matrimonio con

una hija del rey de Thracia le proporcionó la ocasión de servir á su país. Agesilas penetró en Beocia con un ejército, sin lograr ni esta vez, ni en una segunda invasión, resultado alguno favorable; Kleombrotos le sucedió en el mando y se retiró también, por la misma época en que Cabrias derrotaba la flota espartana en las cercanías de la isla de Naxos; Pelópidas los vence también en Tegyra y los arroja de la Beocia, en donde sólo conservan á Orchomenos. Algun tiempo después, y en seguida de una paz efímera con Atenas, los lacedemonios sufren un fuerte descalabro en Korkyra, y el almirante ateniense Ifikrates se apodera de las naves que Dyonisio de Siracusa enviaba en auxilio de Esparta. Luego de este acontecimiento cesó la alianza entre Tébas y Atenas, que veía con profunda envidia el engrandecimiento de la ciudad beocia. La ocupación de Platea por los tebanos fué la causa determinante de la paz tratada con Esparta; todas las ciudades griegas fueron invitadas á ella; pero Tébas se empeñaba en tratar como representante de toda la Beocia, por lo que fué excluida del tratado. Kleombrotos deja la Fokis, penetra en Beocia y acampa en Leuktra donde es completamente batido y muerto por Pelópidas y Epaminondas; la noticia fué recibida en Esparta con el estoicismo heroico que caracterizaba á aquel pueblo; pero no podía hacerse ilusiones, su supremacía militar había caído para siempre y después de Leuktra, las ciudades griegas que obedecían á los harmostas espartanos comenzaron á expulsarlos atrevidamente. Uno de los resultados de los anteriores acontecimientos fué la independencia de Tegea, la restauración de Mantinea y la tentativa de los arkadios de formar en torno de estas dos ciudades su confederación. Los espartanos quisieron combatirla; los arkadios llamaron á los tebanos en su auxilio y Epaminondas penetró en el Peloponeso. No sin repugnancia invadió la La-

konia, pasó el Eurotas y apareció, cosa inaudita en los anales griegos, en las orillas de Esparta. No osó, sin embargo, asaltarla, apesar de ser una ciudad abierta y de contar con los ilotas y los periekos y volvió á la Arkadia. Antes de regresar á Tébas fundó á Megalopolis en Arkadia, y resucitó á Mesenas, en la falda del monte Ithomé, llamando á poblarla á los descendientes de los antiguos vencidos de Esparta, á los ilotas y periekos. Esta quedaba así con un puñal clavado en el costado, ha dicho un historiador.

Toda la Grecia se halla en conflagración. En el Peloponeso luchan los arkadios y sus amigos contra atenienses y espartanos; al Norte, Pelópidas abre una campaña en Thesalia para contener las pretensiones cada vez mayores de los reyes de aquellas comarcas. Va en seguida el general tebano á la corte de Susa, de la que obtiene un rescripto confirmando la hegemonía de Tébas en Grecia; pero la resistencia de algunas ciudades á reconocerla echa el proyecto por tierra. Pelópidas es, poco despues, hecho prisionero por Alejandro de Férés en Thesalia, y libertado por Epaminondas en virtud de una tregua; pero la guerra se enciende de nuevo y los tebanos logran la sumisión de Alejandro, aunque pierden en medio de la victoria á Pelópidas, y la expedición marítima dirigida por Epaminondas no tiene para ellos consecuencia alguna favorable. El estado del Peloponeso, en donde había llegado la lucha al grado de ensangrentar la arena de los juegos olímpicos, reclamaba su presencia. No pudo tomar á Esparta, y su caballería, atacada por los atenienses en Mantinea llegó á verse tan seriamente comprometida, que el general tebano en un acto de desesperación, según dice Xenofonte, se decidió á librar una batalla general. La victoria quedó por él, aunque no fué decisiva por cierto; en ella perdió el héroe la vida (362). Epaminondas era venerado en la antigüedad como

un modelo de civismo y de virtud; la ciudad que aprovechó en realidad de la lucha entre Esparta y Tébas, fué Aténas, que llegó por entónces al apogeo de su segundo imperio marítimo por la readquisición del Quersoneso, y que aprovechando una formidable rebelión contra el rey de Persia, pudo enviar en auxilio de los egipcios á Cabrias, mientras los espartanos enviaban á Agesilas. Con todo, el dominio de Aténas era efímero; en realidad, la vitalidad de la Grecia estaba ya agotada en las contiendas intestinas, y nunca había estado tan desunida y tan débil. Entónces precisamente, (359), Filippo sucede á su hermano Perdikkas en el trono de Macedonia.

FILIPPO.—El nuevo rey de Macedonia era hombre de grandes disposiciones militares y de un instinto político sorprendente; era, según una frase popular entre los griegos sus contemporáneos, león y raposa á un tiempo; durante su permanencia en Tébas, donde lo tuvo en rehenes Pelópidas, estudió profundamente el arte de hacer soldados y de preparar victorias con Epaminondas y sus compañeros, observó la incurable división de las ciudades griegas y se aprestó á todo. De vuelta de Thébas, su hermano Perdikkas que reinaba en Macedonia, le dió el mando de una Provincia á ruegos de Platon, según se dice; á la muerte de su hermano tomó posesión del gobierno, primero como tutor de su sobrino Amyntas, hasta que cediendo á las instancias de sus partidarios se declaró rey. Al principio de su reinado, despues de una corta lucha con Aténas, que acabó con un tratado de paz, evacuó la ciudad de Anfípolis, cuya ocupación formal descuidaron torpemente los atenienses, y se dedicó á consolidar su poder y á preparar á la Macedonia á las luchas que entreveía en el porvenir, como se prepara un ejército para el combate.

Los atenienses, entre tanto, batallaban con los tebanos en Eubea, se apoderaban

del Quersoneso de Thracia y hacían frente á la rebelión de Quios, Kos, Rhodas y Bizancion, emprendiendo la que se llamó guerra social. Cabrias, uno de sus mejores generales, pereció en una batalla en Quios, y las operaciones en el Helesponto fueron desgraciadas para Aténas, gracias á las querellas que se suscitaron entre Timotheos, Ifikrates y Cares. Acusados por éste los otros dos, tiene el primero que marchar al destierro, y el segundo se retira de la vida pública, con lo que perdió la ciudad á dos de sus mejores generales. Por fin, la guerra social concluye con un tratado por el que Aténas reconoció con extremo menoscabo de su poder, la autonomía completa de las ciudades rebeldes (355).

Filippo, cuando estos acontecimientos tuvieron lugar, ya suficientemente preparado, había vuelto á la acción; se apoderó de Anfípolis abandonada por Aténas, y en lugar de devolverla como había prometido, la fortifica y establece en ella un baluarte para la Macedonia, que al mismo tiempo que era la mejor estación marítima en Thracia, abría al ambicioso rey todo el país al Este del Strymon y en particular, la región aurífera vecina al monte Pangeos, que estaba resuelto á explotar como lo demostró la fundación de Filippi (358-357). A la conquista de Anfípolis siguió la de Pydna y de Potidea, que fué cedida á los olyntios, acrecentando más y más su poder, gracias á la negligencia de sus adversarios. Por esta época nació de Filippo y de una princesa epirota, Olympias, Alejandro, que debía sobrellamarse el Grande (356). Con motivo del nacimiento de Alejandro hablan los historiadores de cierta carta dirigida á Aristóteles por el rey de Macedonia, carta que es evidentemente apócrifa.

No contento el astuto guerrero con estos triunfos, en 353 se apoderó de Methone, última posesión de Aténas en la costa macedónica y penetró en Thesalia, donde

tomó parte en la lucha que sostenían los Aleuades de Larissa contra Lykofron que llamó en su auxilio al focense Onomarcos. Para conocer la importancia de este individuo necesitamos volver rápidamente hacia atrás. En el año 357, antes de J. C., Tébas había acusado en la Asamblea anfictiónica, como culpables de haber usurpado terrenos pertenecientes al templo de Delfos, á los fokenses; este era el pretexto, lo que en realidad quería Thébas era destruir á sus viejos enemigos. La asamblea condenó á los fokenses á pagar una multa que no podían pagar y que determinó su sublevación. Empezaron por apoderarse del templo de Delfos; acudidos por Filomelos y ayudados por los espartanos, vencieron á los lokrios, fortificaron el templo y buscaron la alianza de algunas ciudades de la Grecia. Durante los primeros tiempos la lucha les fué favorable, gracias sobre todo, al sólido cuerpo de mercenarios que Filomelos había tomado á su servicio. Cuando temieron ser vencidos por la confederación de Thébas y sus aliados que predicaban la guerra santa, empezaron el despojo del templo. Vencido, por fin, Filomelos, su sucesor Onomarcos empezó á desplegar una gran ferocidad y siguió el pillaje del tesoro de Delfos en grande escala. Este caudillo, despues de algunos encuentros que le fueron favorables, ocupaba el desfiladero de las Termópilas cuando le llamó Likofron en su ayuda. Onomarcos venció á Filippo en Thesalia, y entónces llegó á su apogeo el poder de los fokenses en la Beocia entera; pero rehecho el macedonio, volvió á Thesalia y logró vencer á Onomarcos en un combate en que pereció el fokense, expulsó á Likofron, se apoderó de la Thesalia y marchó sobre las Termópilas.

El peligro para la Grecia era inmenso; Aténas proveyó á él. Poco antes había aparecido en las asambleas públicas del Pnyx, un joven orador, de una distinguida familia, que había logrado á fuerza de ta-